



LOGOI

Por Norma Novoa

“Uno de los sabios de aquel tiempo fue a ver al justo Antonio y le preguntó: ¿Cómo puedes vivir ioh padre! privado del consuelo de los libros? Antonio le respondió: Mi libro ioh filósofo! es la naturaleza, siempre a mi alcance cuando quiero leer las palabras de Dios”.

Evagrio Póntico

Muchos autores filocálicos enseñan, a través de sus escritos, que Dios debe primero ser descubierto en la belleza y la grandeza de sus criaturas, en lo cotidiano y por las maravillas que muestra en Su gran obra: el Universo. Si observamos la inmensidad de su potencia, cómo *“Él cuenta las gotas de lluvia, y la arena del mar y las estrellas del cielo”*, sobrecogidos por el amor, lo admiraremos por la magnificencia de la naturaleza y por la sabiduría divina que rige este mundo. Ver siempre a Dios y no separarse nunca de Él es posible. La contemplación de Dios puede ser entendida y efectuada de muchas

maneras. Y si consideramos Su amor por nosotros se despertará en nuestro corazón el deseo por Él. Hay innumerables formas de contemplación que surgen proporcionalmente al modo de vida y a la medida de nuestra purificación; en ellas Dios es visto y entendido. Tal como enseña Gregorio el Sinaita, en su Acróstico sobre los mandamientos:

“No deberíamos hablar como un gran doctor ni tener necesidad del apoyo de la Escritura ni de los Padres, sino ser enseñados por Dios, hasta el punto de aprender y conocer, en Él y por Él, todo lo que necesitamos.”

Dicho de otra manera: la mirada atenta y no posesiva del mundo permite a éste revelar su misterio profundo: “*La contemplación no consiste sólo en ver los cuerpos tal como son, sino también en ver sus ‘razones’ y lo que ellas contienen*”, afirma Elías el Ecdicos.

Esta gloria oculta de las criaturas, es denominada *logoi*, las “razones divinas” de los seres. Máximo el Confesor, escribe:

“El que no se detiene ante las formas de las cosas visibles para satisfacer sus sentidos, sino que busca a través de su espíritu las razones ocultas que hay en ellas, como si fueran figuras de las cosas espirituales, tal persona aprende que no hay nada impuro entre las cosas visibles. Porque todo ha sido creado muy bueno según la naturaleza”

El Logos (Verbo Divino), indica Máximo, es el sujeto divino de todos los *logoi* esenciales que rigen las cosas. Esta contemplación de la naturaleza, puede no solo permitirnos profundizar el conocimiento racional, sino también dar sentido y gusto a toda la vida humana. Para Máximo el mundo, cuando se lo ve a la luz de los *logoi* divinos, aparece como una inmensa comunión: la esencia de las cosas sensibles son el “cuerpo” del Señor y las del mundo espiritual son su “savia”, su vida. La contemplación de la naturaleza puede, en efecto, convertirse también en visión de Dios Nuestro Señor.

Al respecto dice Calixto el Patriarca:

“Dios ha ofrecido al hombre interior, que es el alma, lo que hay de inteligible y de espiritual en la creación sensible. Ya que, del mismo modo que, en el hombre, el espíritu está unido a los sentidos, así también en toda la creación sensible la belleza espiritual se percibe en el corazón de cada cosa. No hay nada en las cosas sensibles —esto es lo mínimo que se puede decir— que esté privado de la conexión con el espíritu”

Calixto afirma:

“Cuando el espíritu mira lo múltiple, ve en cada cosa lo que es espiritual e inteligible. No mira lo que hace que cada cosa sea un ser aislado, sino lo que hace que todo forme parte de una unidad”.

Esta comprensión profunda de los seres permite descubrir al hombre las leyes que gobiernan el mundo, y esta organización habla al espíritu de una Presencia que unifica todo lo real. San Gregorio del Sinaí afirma que a través del espíritu y de la meditación del corazón, el hombre ve aparecer claramente al Dios Verbo (*Logos*) a partir de los *logoi* (razones) de los seres; ve surgir la sabiduría personificada de Dios Padre desde el mismo momento en que lleva en él los *logoi* de los modelos que imprimen sus trazos en los seres. Por otra parte, Teognosto afirma que el hombre es contemplativo por destinación y por estructura, y aclara que:

“La vida eterna está en el conocimiento de Dios, con un conocimiento que participa del de Dios mismo, viéndolo cara a cara en el fervor del amor beatífico. Conocerlo es el objeto supremo de nuestra inteligencia. Amarlo es el todo de nuestra voluntad, deseosa de bien”.

Nuestra condición terrenal interpone entre Dios y nosotros toda una gama de verdades parciales y de bienes fragmentarios que deberían ayudarnos a descubrir los *logoi*, pero que con frecuencia nos apartan de ellos en razón de la sobrevaloración personal que les damos a las cosas. En ocasiones los Padres comparan a la fuerza del Espíritu con el aire. El aire está en todas partes, pero uno no respira bien, con el Espíritu Divino sucede lo mismo, está en todas partes pero no nos abrimos a su

acción, no lo escuchamos. Cuando consigamos suprimir todas las distracciones; cuando hayamos renunciado a los pensamientos personales, lograremos despertar a las obras y a las palabras del Espíritu.

Marcos, el asceta, expresa que todos sabemos interiormente que

“Dios es el principio, el centro y el fin de todo bien. Y el bien es imposible de ser obrado o creído, fuera del Espíritu Divino. Cada bien es un don del Señor, conforme a su voluntad. El que crea en esto, no lo perderá. La fe firme es una torre fuerte. Y el Señor es todo para aquel que cree”.

Máximo el confesor declara que Dios crea el mundo invisible y el visible:

“El Señor por su infinita bondad ha creado la resplandeciente belleza de todos los seres”

En la escala de Pedro Damasceno, nos habla de los distintos grados de conocimiento que elevan hasta la contemplación de Dios a través de la oración pura, de la mano de la más alta limpieza de corazón, que es la propia del contemplativo, es decir, por el deseo de Dios, el espíritu es arrebatado en ese impulso de la oración, y ya no sabe nada de este mundo. Para alcanzar semejante contemplación de Dios, es necesario que el espíritu haya renunciado a todo pensamiento, incluso a los que son buenos. Apartando de sí la imaginación de las formas sen-

sibles, el espíritu encuentra la verdad en los *logoi* de los seres, esa verdad que ha llevado a la contemplación natural. Y, elevándose por encima de la esencia de los seres, recibe la iluminación de la Unidad divina que no tiene principio.

Los Padres filocálicos enseñan que en el mundo de la acción, lo mejor es el conocimiento, pero en el mundo de la contemplación, lo mejor es la ignorancia que sobrepasa toda inteligencia. Esta ignorancia es llamada Tiniebla. Se trata de la Tiniebla del éxtasis, de la total salida de sí, del abandono más completo en el Ser de Dios. En ella no hay conocimiento, porque si lo hubiera, impediría al espíritu la recepción sin límites del Ser de Dios. Porque el conocimiento, en tanto que es un movimiento reflexivo de la razón y del entendimiento, restringe el campo de lo Real. Explica Máximo el Confesor:

“Los sabios dicen que es imposible que coexistan el discurso sobre Dios y la experiencia de Dios, o que coexistan al mismo tiempo el intelecto y la percepción de Dios”. Dicho de otro modo: “en la experiencia de Dios, las facultades cognitivas del hombre no se ponen a elaborar, sino que se disponen a recibir”.

Y en otro punto afirma:

“Busca constantemente en los seres lo que está oculto a tu conciencia. Creer que se sabe impide progresar en el conocimiento. Para alcanzar esta interioridad de las cosas, hay que

haber apaciguado los pensamientos. Apaciguar, serenar los pensamientos, significa liberarlos de su dimensión depredadora, es decir, de sus aspectos posesivos y llenos de avidez”.

Entonces:

“Ya vele el cuerpo o ya duerma, si los pensamientos de las cosas se hacen presentes en el corazón con toda su simplicidad, es signo de que se ha alcanzado la extrema impasibilidad”.

Cuando el espíritu está desprendido de las cosas sensibles, entonces puede contemplarlas sin ser conformado por ellas, y de ese modo el espíritu accede al verdadero *logoi* de los seres que es Dios Nuestro Señor.

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
